

# El religioso educador, signo del encuentro con Dios

## Vocación religiosa y autenticidad pedagógica

FERNANDO SAZ

El religioso educador, maestro cristiano, ha descubierto en su experiencia de su vida unos valores que le apasionan, que le impulsan a encarnarse en ellos, en un proyecto de vida llamado tradicionalmente «vida religiosa», como presencia plenamente significativa para él y a la que opta libremente como forma de vivir el Reino.

La escuela cristiana y su contexto social es el medio-ambiente que el religioso educador considera como lugar propicio para realizar su personalidad y en donde se compromete históricamente por el Reino. Consciente de la peculiar importancia que tiene hoy la escuela cristiana en la vida social, realiza de su vida un ofrecimiento gratuito en pro del hombre y de sus valores en perspectiva escatológica.

Creo que el religioso educador ha de tener una personalidad propia, en la que ponga en juego el mundo de los valores personales y los exprese significativamente. Acoge la vida con todo lo que ella le ofrece en riqueza y en crecimiento personal para el modo de la comunicación y el encuentro intersubjetivo.

En la expresión de su personalidad quiere manifestar la experiencia de su vida como lugar en donde acontece algo significativamente revelador: su ser cristiano y la novedad en el modo de entender y encauzar, desde la llamada personal de Dios, la dimensión cristiana de la escuela. Tomarse en serio la vida, desde la opción de educador cristiano, es expresar en el propio vivir y sentir, en la totalidad personal, el signo de la «autenticidad pedagógica».

El religioso educador está convencido de que la vida humana cotidiana, con sus preocupaciones terrenas de promoción humana, es el espacio en el que la vida cristiana normal debe desarrollarse. Su principio fundamental es estar abierto plenamente a la realidad de la vida porque está seguro que en ella y a través de ella se gesta la vivencia del sentido personal que apunta a la trascendencia cristiana de la existencia.

La calidad personal se expresa preferentemente a través de la «coherencia del equilibrio», en esa manifestación unitaria de su vida en la que no existe contradicción entre sus acciones y la propia subjetividad.

La vida del religioso educador toma carácter de profesionalidad. Es una persona que se toma en serio la educación cristiana; a ella dedica su ser por entero, se convierte en constante de su vida. Lo demuestra su sensibilidad para la escuela, esa invitación de su ser y sentir que le impulsa a consagrar su persona, los valores y el tiempo en pro de la educación. Esto le lleva a permanecer en contacto permanente con los diversos movimientos educativos que existen, a actualizar en medios y en capacitación personal su ser de educador cristiano, con la pretensión de ser fiel a su sentir de educador que busca la coherencia de la educación que promueve en los nuevos signos educativos.

La preparación científica es notoria en el modo de realizar las clases; este valor humano se convierte en signo de la seriedad con que se toma la educación cristiana. Podemos decir de él que es un «auténtico maestro», y en la medida que viva y encarne esta realidad se da la «autenticidad pedagógica». Este signo expresado en el hecho de vivir la autenticidad de «maestro» revierte en el tipo de relaciones que se establecen entre quienes viven una misma inquietud educadora: la comunidad religiosa de maestros.

El educador cristiano provoca una pedagogía que parte de la vida y en ella se expresa; una pedagogía de aprendizaje, basada en la búsqueda y en la invención; una pedagogía que inquieta a vivir en respuesta a las experiencias que van surgiendo en el individuo y en el grupo; una pedagogía que contagia serenidad, creatividad, entusiasmo y sentido solidario; una pedagogía abierta a todas las posibilidades humanas de encuentro y liberación del educando.

La institución religiosa aún todas las inquietudes personales con respecto a la educación cristiana; acoge la vida humana como lugar permanente para la educación de los niños y jóvenes. La toma de conciencia de lo que esto significa hace de los religiosos educadores, como comunidad educativa, unos profesiona-

les de la educación, de tal modo que todo el ser y vivir esté función de la educación cristiana como proyecto global de existencia, hallazgo del sentido de la propia vida y encuentro con Dios.

La profesionalización del equipo educador hace más eficaz la encarnación institucional en el medio social que se pretende crear.

El medio donde vive el religioso educador es el reino de Dios y el ambiente de la educación cristiana. Con su presencia de entrada total por la causa de la educación cristiana, manifiesta que el Reino es una realidad aquí en este mundo. Su sentido profesional de educador cristiano garantiza efectivamente el signo proyectado ante las personas que le conocen, que el Reino está presente entre ellas.

Es llamativa la presencia del religioso educador en la escuela cristiana. Su preparación científica, competencia y eficacia pedagógica para las clases, hacen de su vida un profesional de la educación, una persona centrada y entregada plenamente al valor educativo de la escuela. Expresa el signo de la vivencia institucional: la autenticidad pedagógica. Este signo de vida encarnado por el religioso educador es percibido fuertemente por los alumnos; les lleva a tomarse en serio la educación que recibe y a plantearse con hondura la vida que proyectan de cara al futuro.

Consideramos la escuela como el lugar en el que puede darse el acontecimiento de la maduración personal del educando, a través de los signos de la vida (entre ellos: la «autenticidad pedagógica») y por la realidad del encuentro interpersonal significativo.

Ahora bien, para poder realizarse el signo de la «autenticidad pedagógica» en el religioso educador es imprescindible tener muy en cuenta los presupuestos siguientes, que son otros tantos signos que unidos entre sí expresan el signo al que nos estamos refiriendo. Son: la encarnación, el compromiso, la personalización y la liberación en la tarea educadora. Todos estos signos convergen en la «maduración personal del educando», es decir, en la verificación de la autenticidad pedagógica.

## 1. ENCARNACION

Por el hecho de que Dios ha asumido la realidad de la vida con todas sus implicaciones con arraigo escatológico, nos concierne

tiza a poder acoger personalmente la vida escolar con apertura de visión y como posibilidad de realizar en ella la autenticidad pedagógica.

Hoy la escuela cristiana pide una adaptación permanente del educador al medio ambiente educativo; requiere una actitud de imaginación y búsqueda para encarnar el fenómeno educativo nuevo que la sociedad y la cultura hoy anhelan; desea una entrega plena en la comunicación intersubjetiva, en el trabajo de equipo. La vida se presenta como encuentro educativo. Si queremos educar para la vida hay que partir de la misma vida del educando. El religioso educador vive en sintonía con los educandos. Se encarna personalmente con ellos en sus proyectos e ilusiones, en sus sentimientos de gozo y preocupación, en sus tensiones interiores, en sus afanes, en sus angustias... Sabe que su «sentido de presencia» es factor importante de maduración y crecimiento educativo. El lenguaje del educador, en actitudes, comportamiento y modos de expresión, servirá para la facilitación del encuentro interpersonal de comunión de vida.

La encarnación del religioso educador en la vida de los niños y jóvenes busca el interés real de los mismos, las necesidades auténticas que surgen en ellos, sin imponer a priori su autoridad, sino más bien ofreciendo su propia persona al servicio del grupo como valor que pretende facilitar la maduración educativa.

Encontrarse inserto en el mundo educativo es entrar en comunión con la sociedad, con la vida del pueblo o de la ciudad. Significa que tanto profesores como alumnos se sienten implicados en todos los fenómenos sociales y sus aspiraciones. Educar para la vida pide estar «presentes en la vida», sus fenómenos positivos o negativos, en las tensiones que surgen. La educación provocará la libre apertura a la existencia y facilitará el sentido de la encarnación social.

La educación requiere actitudes pedagógicas, sensibilidad manifiesta y valores personales en el educador cristiano, que ha de ir haciendo carne propia en las experiencias asimiladas de la vida. «Educa el hombre que a fuerza de observar, de vivir y de amar, ha conseguido entranar en sí aquella especie de sabiduría profética y cósmica que convierte su decir y vivir dentro del mundo, en encarnación y resumen de cuanto la humanidad entera anhela para sí, de modo irrepetible»<sup>1</sup>. Este es un signo que hoy pide con urgencia el ambiente educativo.

El religioso educador es presencia de realidad vocacional vivida, en una actitud constante de fidelidad a la llamada de Dios por la respuesta de su vida sincera; es un misterio encarnado que nos habla de Dios en lenguaje inteligible hoy, paso firme que

DRÍGUEZ MEDINA,  
*¿Cuál debería ser  
figura del educa-  
-Sínite 14 (1973)*

encamina hacia el amor, creando inquietud y visión de horizontes capaces de llenar por completo en contenido toda una vida al servicio del Reino.

El religioso educador vive encarnado en la comunidad de vida eclesial, como lugar en donde realiza su proyecto de vida cristiana, a través de la educación cristiana. Su presencia es testimonio de la vida que surge en la comunidad de fe. Porque descubierto en las experiencias de su vida anterior valores personales adecuados para ejercer el ministerio de la educación cristiana, ha optado por entregar toda su persona a la Iglesia por medio de la educación como compromiso de existencia, convencido de que es el camino por donde Dios le quiere encontrar. Y proclama la novedad de su vida a partir de la comunidad eclesial.

La experiencia que tiene el religioso educador de vivir el cristianismo a partir de la comunidad eclesial le hace ser consciente de la presencia de Dios en la vida que le rodea y en la historia de los hombres, como algo que palpa desde la subjetividad, como experiencia significativa de búsqueda humana y encuentro con el sentido último de la vida: Jesús de Nazaret.

## 2. COMPROMISO

El religioso educador vive, como hemos visto anteriormente, encarnación personal en la sociedad. Es un signo de presencia en el mundo, desde la acogida de la vida. El mismo Espíritu que le impulsa a comprometerse con el evangelio le inspira el modo de realizar eclesialmente una tarea humana: el ministerio de la educación cristiana, como modo concreto de responder a la llamada social en progreso de la vida humana, en beneficio del niño y la juventud. El signo de encarnación personal requiere la explicación semiótica del compromiso terreno, como forma expresiva de llegar a realizar la autenticidad pedagógica.

Comprometerse con los demás es tomarse en serio a las penas y los proyectos comunes de vida; supone vivir en la tarea cotidiana una opción común, que puede ser percibida por los demás como presencia significativa.

El compromiso institucional educativo crea sentido a la instancia social de hombres que den todo su ser por la causa del «hombre», en la búsqueda constante de que se sienta plenamente presente en una sociedad en la que cuenta más tener que ser persona. La presencia comprometida del religioso, capaz de romper

las barreras que surgen a su paso, le hace experimentar en su contexto de vida un cambio social. El compromiso suscita la esperanza cierta de la transformación social en favor de la revalorización y liberación del hombre en el valor de persona.

La educación para el compromiso terreno tiene como objetivo constituir a la persona como sujeto de su historia. Para llegar a este término apetecido y buscado se requiere estar encarnado en el propio contexto de vida, profundizar sobre la situación ambiental que se experimenta y entregar toda la persona en la opción de vida que se ha elegido. La experiencia común de educador y educandos, en el campo del compromiso, se puede explicitar en comunicación dialogal significativa: los logros o fracasos, las tensiones o conflictos, que van surgiendo en el camino madero de la opción comúnmente elegida.

El modo cómo el religioso educador enfoca su vida es un signo expresivamente trascendente. Su compromiso con la educación cristiana le lleva a entregar todo su ser: valores, tiempo y persona al servicio de la educación cristiana, en esa oculta trascendencia que todo ser humano abriga en su corazón. Encarnado en las realidades terrenas se entrega decididamente a la construcción de este mundo desde la opción educadora. Como cristiano comprometido responde desde la luz del evangelio a las exigencias imperativas del mundo de hoy. Toda su vida se encuentra enraizada en el ser de Dios y abierto a las necesidades reales de los hombres. Su persona es entrega total y desinteresada en el empeño de la consagración, haciendo carne propia la llamada de los jóvenes desde la realidad existencial, sus problemas, alegrías y esperanzas.

Según viva el religioso educador a Cristo, su meta e ideal definitivo, será signo de la huella caliente de Dios como cristiano y manifestará que es fiel o no al Señor que sigue estando presente entre los hombres velada y gratuitamente en el carisma del religioso educador. El grado de valoración del carisma es correlativo al grado de compromiso con la educación cristiana, al grado de su resonancia en su personalidad y al eco que exterioriza ante los demás en palabras, actos y actitudes.

El modo de entender y de vivir la autenticidad pedagógica lleva a la institución y a cada uno de los religiosos educadores a dedicarse a la tarea de la educación con pleno compromiso personal. Es la consecuencia natural de la vivencia interna, comunitaria. Esta seriedad educativa que proyecta constantemente y de modo espontáneo la comunidad educativa como signo, refleja la conciencia de vida cristiana que vive. La vida comunitaria hacia dentro impulsa al compromiso educativo, y la entrega deci-

dida a la educación cristiana incide también por necesidad directamente en la vida comunitaria como proyecto personal.

El religioso educador se encuentra con Dios mediante la gr de la vida: su compromiso educativo con los niños y jóvenes, vado hasta las últimas consecuencias, que le hace posible el s tido de la vida a través de estas realidades terrenas. El proyec educativo que realiza en beneficio y crecimiento del hombre cilita su encuentro con Dios. En la educación cristiana se sie realizado y halla vivencialmente el sentido de la propia exist cia.

### 3. PERSONALIZACION

El hombre está llamado a vivir intensamente en relación y encuentro su existencia terrena. La apertura a la vida le h consciente de estar en el mundo, de comunicarse con quienes rodean y de considerarse persona. Comprometerse con los más es tomarse en serio a las personas y los proyectos comu de vida; supone vivir en la tarea cotidiana una opción social mún, que puede ser acogida por los demás como signo de ti cendencia.

El aprendizaje de la comunicación, del diálogo y encuentro terpersonal, es tarea permanente de maduración personal ar nica, en rasgos tan fundamentales como son el equilibrio a tivo y la actitud abierta a las relaciones humanas. Educar disponer al niño y al joven para que su espíritu promueva ar nicamente, y con eficacia, los recursos de la persona comple en apertura y entrega a los demás hombres, en proyección mundo y en relación personal con Dios; de manera que todo humanice según la dimensión que nos lleva y obliga a trasc der la finitud, a actuar sobre la materia y transformarla hac do que sirva para los verdaderos fines humanos, a buscar auténtica plenitud en colaboración mutua con los demás h bres.

La verdadera cultura, en tarea educativa, se encuentra en la periencia asimilada de la vida y en la explicitación de sus sig ficados mediante el encuentro humano. Cultura como result de la actividad humana, del esfuerzo creativo del hombre, cc adquisición crítica y creadora de la experiencia humana...

El religioso educador y educandos parten recíprocamente de mismo nivel comunitario, creado en diálogo y encuentro in

personal, del valor de la persona como sujeto de la educación. Esta comunicación intersubjetiva favorece notablemente la mutua influencia en el intento de responder a la vida con sinceridad y apertura. El educador influye en los alumnos principalmente en su opción de vida educadora, en su autenticidad pedagógica, manifiesta en signos tales como sinceridad de vida, apertura, sentido crítico, encarnación, compromiso, creatividad y amor a la vida, desde el Espíritu de Jesús. Los educandos inciden en la opción original del educador en la tensión mutua de nuevas e inéditas profundizaciones de la vida. Este interdinamismo educativo les lleva a comulgar en un mismo destino, ya sea en signo político, religioso, profesional..., que supera el marco meramente escolar y se enraíza en las experiencias de la vida social del lugar.

Hay algo que de alguna manera caracteriza la personalidad del religioso educador, es la «capacidad personal para el encuentro». Su castidad consagrada al Reino manifiesta el signo del amor personal abierto a los hombres, capaz de encontrarse significativamente con las personas y entrar en comunión con ellas. De ahí que veamos en él actitudes profundas para motivar en el educando el encuentro interpersonal, y que posteriormente estas actitudes revierten en el desarrollo del mismo educando.

Como educador cristiano llama la atención sus cualidades humanas y pedagógicas: amistad, comprensión, sinceridad..., antes que otros valores que expresan directamente la trascendencia. El signo expresivo de la amistad con todo el dinamismo que entraña es un valor fundamental en el religioso educador como presupuesto para todo tipo de comunicación y encuentro interpersonal, que como vocación está llamado a vivir y a expresar. La experiencia de compartir en comunión el «yo-tú» de las personas le hace cada día más sensible a la capacidad para el encuentro y a redescubrir el misterio que en toda persona se da en su originalidad.

El diálogo educativo pide necesariamente, en la misma base de toda relación interpersonal algunas actitudes esenciales, tales como la autenticidad, el respeto positivo incondicional y la comprensión empática, para que de hecho se cree el clima de encuentro y la acogida mutua en el mundo del «nosotros», de la comunión intersubjetiva.

El encuentro eucarístico, en esta perspectiva, puede significar la culminación del encuentro personal que acoge la vida como lugar significativo de encuentro y el punto central de encuentro en la fe.

#### 4. LIBERACION

El ambiente creado en la escuela cristiana como comunidad de vida por medio de la personalización en la educación está producido en la entraña misma del proceso educativo un proyecto liberador, como respuesta a la insatisfacción personal del medio ambiente social que nos rodea por doquier.

A partir de un examen reflexivo del actual sistema social no queda otra solución que desarrollar el sentido crítico como elemento fundamental de liberación e insertarlo en el proceso de educación liberadora. Por este camino se expresa también «autenticidad pedagógica» del religioso educador.

El proyecto liberador del religioso educador ahonda sus raíces en la dimensión cristiana, profundamente convencido de que el cristianismo es liberación en la fidelidad esencial a Jesús de Nazaret. El mismo religioso educador experimenta esta liberación en su vida personal. La fuente de inspiración se encuentra en Jesús, muerto y resucitado por el poder del Padre. El religioso educador le vive en búsqueda, en dinamismo y en lucha política con la pretensión de unas estructuras sociales mejores y una cultura accesible a todos en igualdad de oportunidades.

La educación cristiana liberadora es compromiso en la fundamentación del amor, como constante de toda relación o encuentro con la vida. El religioso educador proyecta su signo de liberación en el compromiso educativo. Encarnado en el compromiso puede crear la fuerza liberadora mediante la creatividad y el esfuerzo.

Conseguir la liberación, desde la opción educativa, supone el modo de apertura y sinceridad ante la vida, reflexión y crítica personal, compromiso y creatividad, respeto y amor... «Llegar a ser libres tanto a nivel de motivaciones como de comportamientos externos es la gran tarea inacabable del hombre; únicamente cuando la persona tiene experiencias reales de libertad, se inicia en ella el proceso de realización y plenificación, de salvación. La fe en Jesús de Nazaret se presenta comunitariamente como un proyecto posible, una invitación a caminar juntos y hermanos en pro de la liberación, que él nos presenta en la entrega de su vida.

La presencia liberadora del religioso educador facilita la posibilidad de crear en cada día que amanece la esperanza del «yo puedo», del «yo soy capaz de más»..., la llamada a ser persona en todos los sentidos.

<sup>2</sup> GUERRERO, J. R., *El otro Jesús*, Sígueme, Salamanca, 1976, 363 pp., p. 178.

## MADURACION PERSONAL DEL EDUCANDO

La presencia del religioso educador en la escuela cristiana es fruto de valorar a ésta como lugar en la que puede darse el acontecimiento de la maduración personal del educando, a través de la acogida de los signos de la vida y por la realidad del encuentro interpersonal significativo. Este compromiso del religioso educador con la escuela, en referencia a la Iglesia y al mundo, puede provocar una realidad de salvación, una experiencia de trascendencia.

Los signos expresados en «encarnación», «compromiso», «personalización» y «liberación» como forma de llevar al campo educativo el signo de la «autenticidad pedagógica», convergen en la «maduración personal del educando», hacia donde debe apuntar la presencia significativa de todo educador cristiano.

La educación como proceso está vinculada a la concepción humana de la vida, por imperativos sociológicos, psicológicos, económicos, antropológicos, teológicos..., en la promoción de la persona hacia la madurez plena de la vida.

Quien crea actitudes de autorrealización personal ante la vida está educando. Actitudes que capaciten al individuo a tomar la maduración personal por cuenta propia, en vistas a conseguir la libertad como maduración de su experiencia de vida. La propia existencia se torna en valor de hallazgo personal y expresión vital, en cambio enriquecedor a partir de la intimidad del educando, y en elemento enriquecido por los demás por el encuentro interpersonal.

La presencia del religioso educador en la maduración personal del educando está señalada por aspectos fundamentales que dan consistencia al desarrollo, veamos:

- El religioso educador es presencia que testimonia que su amor acoge a todos los alumnos como personas capaces de responder a la necesidad fundamental de recibir y dar en el amor. Está convencido que existe una relación vinculante entre el amor personal y el proceso madurativo, que luego revierte en el mismo proceso madurativo de la fe. El amor verdadero ayuda a descubrir al otro como persona irrepetible y capaz de desarrollarse a partir de la creatividad. El amor siempre supondrá riqueza por el contenido que ofrece de apertura y encuentro.
- Como el modelo educativo se encuentra en el propio educando, el proceso educativo a que nos lleva la autenticidad pedagógica del religioso educador está centrado en él como único camino de personalización y crecimiento personal. El punto de

partida es la propia interioridad del educando. De ella parte el proceso educativo en expresiones fundamentales de actividad y libertad.

Una pedagogía centrada en el educando hace madurar al propio sujeto educativo, le da seguridad frente a la vida y alegría en encontrarse con sus propios hallazgos: logros conseguidos ante su esfuerzo personal por la búsqueda y trabajo personal.

- La presencia del religioso educador tiene el papel de facilitar la maduración personal del educando desde la experiencia de vivir y sentirse sujeto de su propia historia. La actitud del educador se expresará en escuchar sus deseos y proyectos y en potenciar su capacidad de acción y compromiso en la escuela y en la sociedad, para que logre realizarse en su medio-ambiente.

El objetivo que se proponen el religioso educador y los educandos en la acogida de la vida es responder como personas adultas. «La persona adulta ideal de nuestros días es aquella que ha conseguido la madurez integral, es decir, el equilibrio, la proporción o síntesis entre pensamiento, sentimiento y acción, entre madurez intelectual y volitiva, entre madurez afectiva y madurez espiritual»<sup>3</sup>. El camino hacia esta madurez está exigido por actitudes personales de apertura, creatividad, adaptación, sentido crítico, asimilación de las experiencias..., sin dejar a un lado las tensiones personales y comunitarias que ayudan a crecer en personalidad.

La autenticidad del religioso educador en relación a la escuela cristiana depende del grado con que dicha persona se encuentra funcionalmente integrada en el contexto de la mencionada institución, de modo que no exista conflicto de discrepancia entre la experiencia total, su conciencia de dicha experiencia y su comunicación explícita.

Evidentemente, el grado en que el religioso educador es consciente de su propia experiencia se halla relacionado con el grado en que es capaz de ayudar al educando a ser consciente de su existencia, a madurar personalmente.

<sup>3</sup> GONZÁLEZ RUIZ, E.-LEGAUD, L., *Amor y madurez psicológica*, P. S., Madrid, 1972, 102 pp., p. 19.

Enseñar es elegir vivir con niños. ¿Qué placer puede obtenerse de esta existencia consagrada a los niños? La vida, la vida adulta, se desarrolla entre adultos: entre adultos se trabaja, se produce, se lucha, se crea, se ama. Los niños son una carga. Ciertamente se quiere mucho a los que se tienen por instinto, para prolongar la familia, para transmitir una herencia, para asegurar un sostén para los últimos días. Pero de esto a pasar la vida con ellos, hay un abismo.

.....

Aunque las cosas han evolucionado un poco, la actitud implícita de los enseñantes es siempre la que se expresa en el consejo dado frecuentemente a los principiantes por sus colegas veteranos: «Ved lo menos posible a los padres».

J. J. NATANSON, *La enseñanza imposible*